

DEREK LANDY

POR SI NO TENÍAS SUFICIENTE CON

**detective
esqueleto:**

TANITH LOW EN

LOS **Siete
Malefícos**

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Traducción: Ana H. Deza

Ilustración de cubierta y letras capitulares: Tom Percival
Diseño de cubierta: HarperCollins Publishers, 2013
Adaptación de cubierta: Lara Peces

Título original: *The Maleficent Seven*

Publicado originariamente en Gran Bretaña por HarperCollins Children's Books 2013
HarperCollins Children's Books es una división de HarperCollinsPublishers Ltd
77-85 Fulham Palace Road, Hammersmith, Londres W6 8JB


© Derek Landy, 2013
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com
© Letras capitulares: Tom Percival, 2012
Skulduggery Pleasant™ Derek Landy
Logo SP™ HarperCollins Publishers Ltd

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

 EN principio le pareció buena idea esconderse en su antiguo piso de Londres. Pensó que como solamente un imbécil regresaría a su casa, y ella no era ninguna imbécil, lo lógico sería que nunca la buscaran allí. El hecho de que hubiera gente al acecho esperándola la ofendió muchísimo.

Tanith corrió por la azotea, chapoteando con las botas sobre un charco que parecía un lago, y saltó por el borde. La carretera serpenteaba bajo ella y el aire de la noche le picaba en los ojos. Chocó contra el edificio de enfrente, se sujetó un instante, puso los pies contra los ladrillos y echó a correr por el muro saltando las ventanas una a una, dobló la esquina y se agachó para recuperar el aliento.

No había visto escapar a Sanguine, pero seguramente se habría hundido en el suelo y se habría alejado tranquilamente. Por supuesto, existía la posibilidad de que le hubieran atrapado antes: si eso hubiera sucedido, estaría muerto. A alguien como Billy-Ray Sanguine no se le arresta, y Tanith lo sabía perfectamente: podía escapar sin problemas de cualquier celda, así que se le mataba si se presentaba la oportunidad. Tanith confiaba en que no estuviera muerto: Billy-Ray le resultaba útil.

Se acercó a la esquina y echó un vistazo. Los tejados estaban vacíos: los había perdido. Relajó la mano que apretaba la empu-

ñadura de su espada y sintió el peso de la hoja de nuevo envainada a su espalda. Estiró las piernas y se quedó de pie, pegada a la pared, con el pelo rubio delante de la cara, mirando los coches que pasaban por debajo de ella. Lo más seguro sería bajar a la calle, tomar un taxi o subirse al metro, pero para hacer eso tendría que dejar su espada. Su abrigo todavía estaba tirado en el suelo de su apartamento. Le encantaba ese abrigo porque, cuando lo llevaba puesto, no se veía la espada. Sí: adoraba ese abrigo, pero veneraba su espada. No podía abandonarla, igual que nadie podría abandonar su propio brazo.

Se dio la vuelta, caminó por el muro, se aseguró de que no había nadie esperándola y trepó hasta la azotea. Si el pobre Billy-Ray estaba muerto, necesitaría encontrar a alguien que lo sustituyera, y no sería fácil. Billy-Ray era un sociópata altamente funcional, lo cual hacía que le resultara útil de muchas y entretenidas formas. Y Tanith tenía un plan, y le necesitaba para que saliera bien. Era un buen plan. Astuto. Estaba orgullosa de su plan y tenía ganas de comprobar si funcionaría. Confiaba en que Sanguine no estuviera muerto.

Tanith se quedó quieta: un hombre se había puesto de pie en el edificio de enfrente. Estaba vestido de gris, llevaba un casco con visera y una guadaña en las manos. Todavía no la había visto. Ella dio un paso atrás y se giró, pendiente de él por el rabillo del ojo.

Otro Hendedor saltó hacia ella. Tenía la hoja de la guadaña ahumada, oscurecida al fuego, para evitar que brillara a la luz de las farolas.

Tanith se echó hacia atrás y el arma silbó al lado de su garganta. El Hendedor aterrizó y se arrojó contra ella. Rodó para esquivarlo, se levantó y desenvainó su espada. Detuvo el siguiente golpe y le dio una patada, pero él se apartó y giró la guadaña en

el aire antes de darle un golpe con el largo mango en la cabeza. Tanith se tambaleó, soltando tacos, y giró su espada con violencia para mantenerlo lejos. El mango de la guadaña impactó contra su rodilla, y la chica aulló de dolor y consiguió esquivar por muy poco el tajo que hubiera separado su preciosa cabeza de su precioso cuerpo.

El otro Hendedor saltó el hueco entre los edificios con las piernas dobladas y Tanith deseó por un instante ser una elemental para arrojarle una ráfaga de viento que lo lanzara hacia atrás y lo hiciera caer para que se matara. Pero no lo era. El Hendedor llegó al tejado y ahora eran dos contra ella.

Hubo un tiempo en que lucharon en el mismo bando, pero aquello fue antes de que el Vestigio se hubiera abierto camino por su garganta hasta retorcerse en su alma. Aquella pequeña criatura oscura se había llevado su conciencia lejos, pero le había entregado unos dones extraordinarios, tan retorcidos como espe-luznantes. Uno de sus regalos era que ahora contaba con una nueva meta, y aquello significaba que no podía permitir que los Hendedores la machacaran allí, esa noche, en aquel tejado. Oscuretriz dependía de ella.

Se acercaron más y Tanith vio su propio reflejo en sus viseras. Tenía los labios negros y venas negras surcaban su rostro: los únicos signos visibles de que contaba con un Vestigio en su interior. Mostró los dientes en una sonrisa desquiciada.

–Venid a por mí, si pensáis que sois lo bastante duros.

Definitivamente pensaban que lo eran, así que se lanzaron contra ella con fuerza y a toda velocidad. Tanith ni siquiera tuvo tiempo de soltar una maldición mientras rodaba, giraba y se defendía. Su hoja chocó contra las guadañas y se preguntó por un instante si debería buscar un nuevo grito de guerra, algo que no enfureciera tanto a sus oponentes y no les diera tantas alas. «Me gustan tus zapatos» no estaría mal, tal vez.

Se echó a un lado y su espada impactó contra el brazo del primer Hendedor. Le hizo un poco de sangre, pero no demasiada. Sus uniformes estaban reforzados contra los ataques, tanto físicos como mágicos. No como lo que ella llevaba puesto: botas, pantalones de cuero marrón y un chaleco precioso. Retrocedió, defendiéndose sin pensar, dejándose llevar por el instinto: sus brazos se movían solos, sus piernas también. Su cuerpo era una herramienta de supervivencia y sabía hacer su trabajo sin que ella se inmiscuyera, y permitía que se dedicara a la vez a planificar y elaborar estrategias. Esa noche, sin embargo, bajo la luna creciente que se encontraba a su espalda en alguna parte del cielo, mientras la luz evitaba que distinguiera las estrellas, el único pensamiento que tenía en la cabeza era: «Si no acabas con esto, vas a morir».

Tanith esperó a encontrar una abertura en sus defensas y soltó la espada mientras se lanzaba hacia delante contra el primer Hendedor. Lo sujetó con los brazos, apretó la cabeza contra su hombro para evitar que la atacara de un cabezazo y lo obligó a retroceder. El Hendedor empleó su propia inercia contra ella para hacerle una llave con la cadera y lanzarla contra el tejado, pero Tanith se aferró a él con todas sus fuerzas, aterrizó sobre sus propios pies y aprovechó para hacer lo mismo con él. La guadaña cayó con un tintineo mientras el Hendedor salía despedido sobre la cadera de Tanith, pero acto seguido le tocó a él el turno de lanzarla. Poco a poco, a cada paso estaban más cerca del borde del edificio, llave tras llave, sin soltarse, intentando sacar ventaja al otro mientras el abismo se aproximaba cada vez más. Tal vez el Hendedor esperaba que ella le hiciera una última llave y después intentara soltarse para evitar caerse del edificio con él, pero Tanith no le soltó, le apretó más fuerte y le dio una patada. Ambos cayeron.

En cuanto el Hendedor se percató de lo que estaba haciendo, la soltó, se sacudió para liberarse e intentó agarrarse a algo, pero no había nada. Tanith ya estaba doblando las rodillas y le dio

una patada con los dos pies contra la tripa, lanzándolo lejos. Se agarró al borde del tejado y subió mientras él caía. No gritó. Tanith no oyó el choque ni el golpe, pero sí el chirrido de los neumáticos que derrapaban contra el asfalto y las bocinas a todo volumen.

Uno menos.

De una voltereta lateral, esquivó el ataque del segundo. La hoja curva de la guadaña se cernió sobre ella y se apartó, se levantó rápidamente y corrió a buscar su espada, su hermosa espada. El Hendedor le hizo un barrido con la bota, tropezó y se dio de bruces: cayó con fuerza, torpemente. Se giró, poniéndose de espaldas, y se quedó helada al ver al Hendedor sobre ella y la guadaña apenas a unos centímetros de su garganta. Su pecho subió y bajó desacompañadamente y su cuerpo reabsorbió las venas negras, que desaparecieron de su rostro junto a la negrura de sus labios. Alzó la vista con la cara congestionada, pero sin restos del Vestigio.

–Vale –dijo–. Me rindo.

El Hendedor no contestó. Tampoco esperaba que lo hiciera. Aferró el mango de la guadaña con fuerza, preparándose para embestir hacia abajo. Tanith subió las manos y agarró el bastón justo por debajo de la hoja, manteniéndolo a raya. Él hizo fuerza hacia abajo mientras ella empujaba para resistirse. Los músculos de Tanith se marcaron en su piel, sus bíceps y sus tríceps, delgados y fuertes, se destacaron en sus antebrazos. Ya era fuerte cuando solamente era Tanith Low, hechicera adepta y muchacha versátil apta para todo. Ahora era Tanith Low, hechicera adepta y anfitriona de un Vestigio: era más fuerte que nunca. Pero no parecía servir de mucho contra la hoja que descendía hacia su arteria carótida.

Para quitárselo de encima de una patada necesitaba mover la cadera, y eso implicaba hacer menos fuerza, lo cual daría como resultado que la mataría. Para apartar la guadaña a un lado nece-

sitaría mover al Hendedor, de nuevo tendría que hacer menos fuerza para sacudirse, y eso la mataría. Cuanto más pensaba en las posibilidades, más larga se hacía la lista de cosas que concluían con su muerte.

Se centró en el punto en que la hoja de la guadaña se encontraba con el mango, en el tornillo apretado que los mantenía juntos. Jadeando con un silbido entre los dientes apretados, Tanith desplazó poco a poco su mano izquierda hacia abajo, hasta que notó el tornillo bajo su palma. Se concentró en él igual que lo haría con una puerta, sintiendo los pernos de la cerradura y haciendo que se movieran y se colocaran como ella quería. El sistema era el mismo: estaba desplazando algo apretado. Notó cómo el tornillo giraba y sintió la presión en la mano.

El tornillo saltó y Tanith apartó la guadaña a un lado y agarró la hoja en la mano izquierda mientras la punta del mango impactaba contra el tejado, justo al lado de su oreja derecha. Tanith atacó con la hoja y atravesó la pierna del Hendedor, que cayó hacia atrás mientras ella se incorporaba. Extendió una mano para atraparla, pero ella le dio un tajo: las puntas de sus dedos cayeron como confeti. El siguiente golpe le cortó la cabeza, y el cuerpo del Hendedor se desplomó. Oyó el ruido del casco que rodaba y se quedó mirando cómo llegaba hasta el borde del edificio y caía. Unos segundos después, impactó contra el limpiaparabrisas de un coche y un grito de terror se elevó desde la calle.

Tanith se aseguró de que no había nadie más dispuesto a lanzarse contra ella, soltó la hoja de la guadaña, agarró su espada y la guardó en la funda. Después se dispuso a buscar a Sanguine.

2



ANGUINE había regresado al apartamento a buscar la chaqueta de Tanith (sabía lo mucho que ella la adoraba) y, de regreso, tomó un prisionero. El hombre gimió y sollozó un poco, pero no hizo mucho más, especialmente cuando Sanguine apretó contra su garganta la navaja de afeitar. Delante de ellos, donde el callejón se abría hacia una calle muy luminosa, un hechicero llamado Clagge iba corriendo, hablando por teléfono e intentando coordinar la búsqueda desde el suelo. Nada le hubiera gustado más a Sanguine que ir a por él y romperle el escuálido cuello, si no fuera porque la calle seguramente estaría llena de magos y de Hendedores vestidos de paisano. El hechicero que tenía en su poder, aquel patético mequetrefe, no dejaba de lloriquear. No era fundamental dentro de la operación del Santuario, y aquel era el único motivo por el que Sanguine todavía no lo había matado. Por eso, y porque seguramente le resultaría útil como escudo humano, en caso de necesidad.

Sanguine retrocedió y se alejó de la calle, arrastrando a su rehén.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó.

–Por favor, no me mates –barbotó el hombre.

–¿Te importa que te llame Jethro? Es que conocí a un tío que se llamaba así, en Texas. ¿Has estado en Texas alguna vez, Jethro?

-No... La verdad es que no.

-Yo soy del este de Texas, pero Jethro, el otro Jethro, era un chico del oeste. Mucho más seco. Me gusta más el este, la zona de Nacogdoches. ¿Has oído hablar de Nacogdoches alguna vez?

-No.

-Bueno, da igual. La cuestión es que te llamo Jethro porque recuerdo cómo le puse esta misma navaja de afeitar en la garganta al primer Jethro, el otro Jethro, y lloriqueaba exactamente igual que tú. Como si estuviera aterrorizado de que fuera a cortarle. ¿Sabes qué le pasó, Jethro?

-¿Lo... lo dejaste marchar?

Sanguine se rio entre dientes.

-Me caes bien, chaval: estás lleno de optimismo. Me caes tan bien que no te voy a contar lo que le hice al pobre Jethro, el primer Jethro, descanse en paz, si es que alguna vez encuentran la cabeza y lo entierran. Me caes tan bien que voy a permitir que te aferres a ese resquicio de esperanza que albergas en tu interior y te consueles pensando que lo dejé marchar y vivió muy feliz y realizado el resto de su vida.

-Gra... gracias.

-Tendría que vivir feliz y realizado sin cabeza, lo cual no me parece demasiado sencillo, pero voy a dejar el cuento con un final abierto para que te lo imagines tú. Porque me caes bien. Porque quiero que pienses que puede que sobrevivas, por gracioso que me resulte. Es la primera vez que sales, ¿no?

-¿Perdón?

-Trabajo de campo, chico. La primera vez que participas en una operación. No me pareces un tipo curtido en mil batallas.

-No -admitió Jethro-. No... Normalmente estoy sentado detrás de un escritorio todo el día.

-Y has perdido la oportunidad de que te ascendieran unas cuantas veces, ¿no? Supongo que finalmente pensarías que debías

trépar por el organigrama y asumir una posición con autoridad en el Santuario. ¿Voy bien encaminado?

–Sí... sí, así es.

–Así que solicitaste que te asignaran esta misión, ¿no? Pensaste que con tantos agentes y Hendedores a tu alrededor, nunca estarías en primera línea, ¿cierto?

–Cierto –dijo sollozando.

–Pensaste que, bueno, solamente eran dos. Dos fugitivos que hay que detener, y no tendrías que mover un dedo, pero tu presencia aparecería en tu expediente, ¿no? Habrías formado parte de la misión. Compartirías la gloria.

–Por favor, no me mate, señor Sanguine.

–No destripes el final de la historia –rugió Sanguine, lanzándole contra la pared. Jethro se cubrió con las manos, aguardando el ataque que no se produjo. Sanguine se quedó mirándole.

–¿A qué te dedicas? ¿Qué haces en el Santuario? –preguntó.

–Un poco de todo –contestó Jethro sin atreverse a alzar la vista–. Trabajo administrativo. Nada demasiado glamuroso ni... peligroso.

–¿Sabes lo que he oído? Me he enterado de que todos andabais pensando declararle la guerra al Santuario de Irlanda. Eso me han dicho. Lo han dicho los del Consejo inglés, los del Consejo alemán, los estadounidenses y los franceses y... todo el mundo, vaya, está planeando hacerse con el poder.

–No... no sé nada de eso.

–¿No? Una pena. Habría sido un tema de conversación que retrasaría lo inevitable.

Jethro tragó saliva con dificultad.

–¿Lo inevitable?

Sanguine se subió las gafas de sol hasta el puente de la nariz.

–Parece que hay mucha actividad por aquí últimamente, y no es solo por nosotros. ¿Me puedes contar qué está pasando?

–No... no lo sé.

–He de informarte de que mentir ahora mismo no sería la opción más inteligente.

Jethro titubeó.

–Hay... Es que...

Sanguine soltó un leve suspiro.

–Permíteme que te lo ponga más fácil. Tiene algo que ver con un prisionero, ¿no?

Jethro asintió.

–Un prisionero fugado.

–Sin duda, mi tipo de prisionero favorito. El preso fugado no será, por casualidad, Jack Piesdemuelle, ¿no?

–¿Lo... lo sabías?

–Pues claro que lo sabía. ¿Qué te crees que hacemos en la ciudad? Ahora, un tipo como tú, Jethro, alguien tan prometedor, estaría dispuesto a mantenerse al tanto de cómo va la búsqueda de dicho prisionero fugado, ¿no?

–Lo haría, sí. Yo... yo lo haría, sí. Por favor, no me mates.

–No adelantemos acontecimientos. Así que Jack está huyendo, y vosotros le pisáis los talones. Quiero saber dónde se concentra la búsqueda. Y no te molestes en mentir. Como puedes observar, ya conozco parte de los hechos, así que lo mejor será que te ciñas a ellos, a no ser que quieras verme de muy mal humor.

Jethro asintió, de pronto repentinamente locuaz.

–En East End. Spitalfields. Lo tenemos cercado, no puede salir de la zona sin que nos enteremos. Está atrapado. No hay salida.

Sanguine sonrió.

–Jethro, has sido de gran ayuda.

–¿Me... me vas a dejar vivir?

La sonrisa de Sanguine se hizo más amplia.

–Ni por lo más remoto.

Una vez que Jethro, el segundo Jethro, estuvo muerto en el callejón, en medio de la basura y los escombros de Londres, el suelo se agrietó bajo sus pies y Sanguine se sumergió en el frío abrazo de las profundidades. Descendió hasta la negrura absoluta, una oscuridad donde el ojo humano sería incapaz de distinguir nada, y contempló cómo se desplazaban la tierra y las rocas ante él. Se ondulaban una a una en la corriente, como un banco de peces que fluyera a su alrededor, permitiéndole avanzar a través de ellos.

Se detuvo un instante, escuchando las vibraciones que le hablaban más fuerte que ninguna voz, y avanzó hacia un lado. Redujo la velocidad cuando el suelo se apartó y se abrió para él igual que una puerta, y la luz brillante le dio en la cara y refulgió contra sus gafas de sol. Sanguine no tenía ojos que pudieran deslumbrarse y se acercó tranquilamente al andén del tren mientras sentía cómo se cerraba el muro a su espalda.

La plataforma estaba casi vacía. Solamente había cinco personas esperando, y ninguno de ellos se había percatado de su llegada.

El retumbar que notaba bajo sus pies se hizo más fuerte y le indicó dónde estaba el tren y a qué velocidad se movía. Entonces oyó cómo se acercaba y un instante después lo vio aparecer. Los frenos rechinaron mientras reducía la velocidad. Se abrieron las puertas y salió y entró gente. Sanguine se limpió la tierra de los hombros y se coló en el vagón antes de que se cerraran las puertas. Estaba vacío. Tomó asiento y contempló el abrigo de cuero que tenía en las manos. No estaba preocupado por Tanith. Escaparía, sabía que lo haría. Seguramente haría danzar a los Hendedores a su son y luego desaparecería, dejándolos con un palmo de narices, y solamente el recuerdo de su risa les aseguraría de que había estado allí y no era un espejismo. Pronto se reuniría con ella y le devolvería su abrigo, y se besarían, y él le acariciaría el pelo y ella le contaría cuántos Hendedores había matado.

Era todo lo que siempre había deseado en una mujer: hermosa, inteligente, dura y retorcida.

Sí, claro, estaba totalmente dedicada a esa tal Oscuretriz, aquella con la que habían soñado los psíquicos, la que destruiría el mundo. Tanith había vislumbrado el futuro, y el Vestigio que anidaba en su interior llevaba mucho tiempo deseando toda la devastación y destrucción que se alzaba en el horizonte. ¿Era sano amar a alguien que quería destruir el mundo? Admitió sin problemas que seguramente no. Y además sabía que le estaba ocultando algo, algunos detallitos sobre quién era Oscuretriz o de dónde vendría. Lo dejó pasar. No importaba. La gente guarda secretos, al fin y al cabo. Él tenía secretos. Pero, dejando eso al margen, eran una pareja de película. Almas gemelas. Compinches criminales.

Y cuando la pequeña travesura de Tanith terminara, le pediría que fuera su esposa.



LOS peldaños de piedra de las escaleras eran viejos, estaban fríos y agrietados. Las paredes eran estrechas y se curvaban según se hundían en la oscuridad. Los padres de la niña no hablaban demasiado. El padre iba el primero, la niña en medio y la madre la última. El aire era tan frío que cortaba, y no decían una palabra. Su madre había sido incapaz de mirarla desde que habían llegado a los muelles. La niña no sabía qué había hecho mal.

Cuando habían descendido por la escalera lo que les pareció una eternidad, llegaron a una planta. Tan buena como cualquier otra, supuso la niña. El suelo era plano, sólido y amplio, aunque tan frío y antiguo como los escalones por los que habían bajado, igual que las paredes, y el techo era muy bajo para evitar el derrumbamiento de toda la estancia. A la niña no le gustaba estar bajo tierra. Ya echaba de menos la luz del sol.

Su padre avanzó por un corredor, giró a la derecha y continuó avanzando, torció a la izquierda después y anduvo un poco más. Le siguieron, caminando sin cesar, dando vueltas y más vueltas, y la niña pronto se desorientó y no supo dónde estaban. Había antorchas en los muros que brillaban tenuemente en la oscuridad.

—Quédate aquí —le dijo su padre cuando llegaron a una estancia vacía. La niña obedeció como siempre lo hacía, y vio cómo sus padres se marchaban por otro corredor. Su padre caminaba muy derecho y parecía repentinamente frágil. Su madre no volvió la vista atrás.

La niña se quedó ahí, en la oscuridad, y esperó. Y después esperó un poco más. Finalmente, entró un hombre vestido con una túnica raída y sandalias rotas.

–Hola –saludó. Incluso con una sola palabra se le notaba el acento extranjero. La niña nunca había conocido a un extranjero antes.

–Hola –respondió ella–. Encantada de conocerte –añadió, porque eso era lo que se les decía a los extraños cuando los conoces.

Se quedó allí mirándole mientras ella esperaba a que le dijera algo más. No hubiera estado bien que hablara ella. Era una niña, y los niños deben aguardar a que los mayores comiencen la conversación. Su padre había sido muy estricto con eso y ella había aprendido bien la lección.

–¿Tienes alguna pregunta? –dijo el hombre con su extraño acento entrecortado.

–Sí. Gracias. ¿Dónde estoy, si puede saberse?

–¿No lo sabes?

–He venido con mis padres. Han...

–Tus padres se han ido –respondió el hombre–. Se han marchado y te han dejado aquí. Ahora vives aquí.

La niña meneó la cabeza.

–Nunca me abandonarían –señaló ella.

–Te lo aseguro: se han ido.

–Lo siento, pero te equivocas. Mis padres no me dejarían.

–Regresaron en el barco hace una hora. Ahora este es tu hogar.

Mentía. ¿Por qué mentía? La niña había heredado el carácter de su padre; de su madre había heredado otras cosas.

–Dime dónde están o se enfadarán mucho –exigió, con un tono de voz que no admitía réplica–. Mi hermano también vendrá a buscarme. Es alto y fuerte y te arrancarí los brazos solamente para hacerme sonreír.

El hombre se sentó en un escalón. Tenía una cara muy normal: ni guapo ni feo. Una cara como otra cualquiera, igual que millones. Su pelo era oscuro y con las sienas salpicadas de canas, tenía la nariz larga, los ojos amables y las comisuras de la boca ligeramente curvadas hacia arriba.

–¿Tienes nombre? –preguntó–. ¿No te han llamado de ninguna forma? ¿Ni siquiera un apodo? Bueno, eso puede resultar molesto durante los próximos años, pero ya escogerás un nombre propio más tarde o más temprano, y así podré llamarte de alguna forma.

–No pienso quedarme aquí los próximos años –declaró la niña con firmeza: el momento de ser educada ya había pasado–. No voy a quedarme aquí, punto.

El hombre continuó hablando como si no la hubiera oído.

–Me llamo Quoneel. Es un nombre muy antiguo, de una lengua muerta. Escogí ese nombre por lo que significa y lo que significó: es mi nombre y me protege. ¿Sabes cómo funcionan los nombres?

–Por supuesto –replicó la niña–. Tengo ocho años, no soy idiota.

–Doy por sentado que cuentas con magia, ¿no?

–Mucha –gruñó ella–. Así que dime dónde están mis padres o arde-rás en el acto.

Chasquéo los dedos y las llamas bailaron en su mano.

–Sí que tienes carácter, niña –sonrió Quoneel–. Tu madre tenía razón.

–¿Dónde está mi madre?

–Se ha ido. Ya te lo he dicho. No te he mentado. Te han dejado aquí igual que dejaron en tiempos a tu hermano.

La niña dejó que las llamas se extinguieran.

–¿Conoces a mi hermano?

–Yo lo entrené. Todos lo hicimos. Igual que te entrenaremos a ti. Vas a vivir aquí, entrenar aquí y crecer aquí, y cuando llegue el momento de tu Iniciación, te irás de aquí siendo una de nosotros.

–¿Quién eres?

–Soy Quoneel.

–Pero ¿a qué te refieres? ¿Quién seré yo cuando salga de aquí?

–¿Quién? No lo sé. Pero qué... Si sobrevives, si eres tan fiera como pareces, serás un cuchillo en la oscuridad. Invisible. Intocable. Imparable. Serás tan rápida y tan fuerte como tu hermano, e igual de hábil y mortí-fera. ¿Quieres ser así, niña?